



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación



Memoria en Palabras

Márgara Averbach

**LA MANO EN LA PARED
UN VACÍO EN EL LUGAR
DEL NOMBRE**



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN

Prof. Alberto Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Lic. Jaime Perczyk

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA

Lic. Eduardo Aragundi

JEFE DE GABINETE

A. S. Pablo Urquiza



DIRECTORA DEL PLAN NACIONAL DE LECTURA

Margarita Eggers Lan

COORDINADORA DISEÑO

Natalia Volpe

DISEÑO GRÁFICO

Juan Salvador de Tullio, Elizabeth Sánchez, Mariana Monteserin y Mariel Billinghurst

REVISIÓN

Silvia Pazos

PIZZURNO 935 (C1020ACA) CABA. TEL: (011) 4129-1000

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2012

"La mano en la pared", "Un vacío en el lugar del nombre" en *Aquí donde estoy parada*, Córdoba, Editorial Alción, 2003.

© Mágina Averbach.

UN VACÍO EN EL LUGAR DEL NOMBRE

Márgara Averbach

Entre el país de Olvido y el país de Memoria hay una Línea variable, complicada. El paso sobre esa Frontera (de Olvido a Memoria o de Memoria a Olvido) no es cualquier paso. Y el Árbol que crece justo sobre la Línea lo sabe.

Las razones para ir de Olvido a Memoria son infinitas. Las razones para mudarse de Memoria a Olvido, también. Hay días en que hace falta olvidar. Un amor. Una pena. Una carta. Una presencia. Un vacío. Para eso, es mejor respirar el aire de Olvido. Hay otros días en que el recuerdo es lo único que nos salva y en esos días, Memoria es el lugar perfecto.

Las razones para cruzar la Línea son infinitas, dije. Y cada cruce es una historia. Eso es importante: la Línea guarda con cuidado esas historias. Se sostiene sobre los cientos de pasos que los seres humanos damos sobre ella.

Por ejemplo:

–Algunos viajeros cruzan la Línea como si fuera invisible. Pero eso no les dura mucho porque apenas vuelven a apoyar el pie del otro lado, llegan los Recolectores. Después del cruce, hay que pagar y el pago es siempre el mismo: la Frontera exige la historia del viaje. Así, los Recolectores hacen visible a la Línea: no se cuenta una historia sin pensarla. Las historias explican, es inevitable.

–Otros vienen a la Línea con intención. Con deseo. Vienen a buscarla sobre los caminos. Y mientras andan, tejen la historia. A veces, me dijeron, la historia decide por ellos y los viajeros no cruzan la Línea. Las historias son sabias.

–Para algunos, la Línea es filosa. Un cuchillo vuelto hacia arriba. Los viajeros que la cruzan así, tienen que detenerse enseguida, con los pies ensangrentados. Para ellos, el pago es una caricia. Las historias consuelan cuando es necesario.

–Hay días, sobre la Frontera, en que sopla un viento duro, vertical, inapelable. Una pared de aire. En esos días, según desde dónde esté soplando, parece imposible dar el paso de Olvido a Memoria o de Memoria a Olvido. Los viajeros que llegan esos días se detienen y esperan.

Eso me pasó a mí.

Hace cuatro días que recorro la Línea buscando una grieta en el viento. De a ratos, duermo en el suelo blando. De a ratos, me levanto y camino, los ojos fijos en el muro de aire. No pierdo la esperanza.

Hoy paso de nuevo junto al Árbol que crece justo sobre la Línea y el cansancio se cierra sobre mí como una red de pescadores. Siento que voy a caerme y apoyo la mano en el tronco para sostenerme.

El Árbol de las Historias. Parece un árbol cualquiera pero la pared de viento lo atraviesa, lo sacude de un lado, lo deja inmóvil del otro. Pienso, con la mano apoyada sobre la corteza fresca.

Cuando alguien cruza la Línea, me dijeron, los Recolectores se sientan a escuchar su historia. Después, levantan las palabras con las manos, caminan hasta el Árbol y las derraman sobre las grandes raíces que asoman desde la oscuridad hermosa de la Tierra, como serpientes. Dicen que esas raíces alimentadas con historias sostienen el mundo en cientos de lenguajes.

Me había olvidado de eso. Y ahora, el Árbol me llamó con cansancio y lo recuerdo todo, la mano sobre el tronco tallado, rugoso, firme. Sé lo que va a pasarme. Cuando alguien toca el Árbol, el Árbol contesta. En la savia de historias que se mueve dentro de ese cuerpo oscuro, hay una historia que siente el roce y sube hasta los dedos humanos y entra en la frente del viajero y se le vuelve propia, como son propias las historias de otro cuando las escuchamos.

Ahora sé que por eso somos quienes somos, juntos: lo que nos une son las historias del Árbol.

Hoy cuento la que vino hacia mi mano apoyada en el tronco mientras yo esperaba.

–Esta es mi historia –oyó la Recolectora; así empieza siempre el ritual del pago por cruzar la Línea –. Vengo de Olvido. Voy a Memoria.

Era una historia importante. La Recolectora se enderezó para escucharla.

–En Olvido –dijo la voz–, los buenos espejos son implacables. Dicen demasiado y lo dicen con rabia: la imagen cruda, partida en astillas de vidrio, duele sobre los ojos que la miran.

–Y yo me miraba mucho –oyó la Recolectora –. Desde chico, me miraba y me hacía preguntas sobre mi nombre porque no conseguía reconocerme del todo. Me miraba y no me entendía. No es fácil el idioma de los espejos. De a poco, vi que mi imagen en el espejo nunca estaba entera. A veces, no conseguía verme los dedos de las manos. Otras veces, me faltaban los pies. Una mañana, hubo un hueco, un vacío, donde tendría que haber estado la cara. Entonces,

me asusté. Hay cosas que nos faltan tanto que preferimos olvidarlas; el espejo me decía que me faltaba algo y yo sabía qué.

Así había empezado el viaje, con un espejo que se negaba a mostrar una cara.

La Recolectora escuchaba. Como todos los Recolectores, sabía escuchar. Sabía cómo se escucha una historia cómica y una trágica; una triste y una alegre; y la mayoría de las historias, esas en las que todas las emociones humanas están presentes al mismo tiempo.

La historia no era nueva para ella. La había oído antes aunque fuera distinta de todas las otras. En las ramas del Árbol, abiertas a ambos lados de la Línea, no hay ninguna historia exactamente igual a otra –cada una es ella misma (en eso, son como las personas)– pero hay historias que se parecen. Hay historias que caminan juntas.

El Árbol lo sabe.

–Me costó empezar el viaje –dijo la voz –. En Olvido, es tan difícil empezar las cosas... Para mí era difícil porque, hasta que me lo gritó el espejo, yo no creía que me faltara nada. Y ahora que había entendido, seguía sin saber qué estaba buscando –Hubo una pausa –. No me ayudaron.

La Recolectora escuchaba. A veces, cuando se instala el silencio, es importante empujar la historia con palabras. Hay historias que cortan, como la Línea cuando se vuelve cuchillo.

–No te ayudaron –repitió –. Eso es duro.

El Árbol que me contaba la historia había guardado la charla entera, tal vez porque sabía que no hay historias aisladas. Que se puede tirar de una historia como de un hilo y que, al final, habrá otra que recién está empezando y detrás de esa segunda, otra y otra, como los pañuelos atados que salen de un sombrero en un truco de plaza. Una historia cualquiera es siempre el principio de todas las historias del universo.

–Fue duro, sí –ahora que el silencio se había quebrado, la Recolectora volvió a callarse –. Y el viaje, cuando lo empecé, me llevó mucho tiempo. En Olvido, los espejos gritan la verdad y los caminos mienten. Muchos no van a ninguna parte.

La historia que vino a mí desde el tronco del Árbol cuenta esos caminos. El de la duda, que da vueltas sobre sí mismo. El de la rabia, que cae bruscamente en una ladera empinada. El del miedo, de aduquines mojados, resbalosos, separados por abismos infinitos.

Yo los recorrí con la historia. Y en un momento, levanté la vista y vi que la historia, la Recolectora y yo estábamos los tres apoyados en el Árbol, los ojos fijos en la pared de viento, dura como una montaña.

Pero todavía estábamos ciegos y solos porque la historia se creía única. Porque no sabía que viajaba acompañada.

–No hablé con nadie –oyó la Recolectora –. Anduve a solas por los caminos de Olvido y los caminos me mordieron los pies. De noche, charlaba con los espejos. Y entonces, una tarde, vi a otra persona que doblaba por un camino. Hacía mucho que no veía a nadie. No sé por qué la seguí, doblé y de pronto, supe que yo había pasado por ese camino antes y que eso era importante.

La Recolectora escuchaba. Tenía las manos abiertas sobre las rodillas para que la historia se fuera formando sobre ellas.

–Fue un paso, solamente uno –oyó –. Cuando volví a apoyar el pie, entendí lo que me gritaba el espejo y supe que ahora sí iba hacia Memoria. Lo que entendí fue esto: el vacío estaba en el lugar de mi nombre.

La palma apoyada en el tronco repitió la frase en mi frente. El vacío estaba en el lugar de mi nombre.

–El nombre sigue ahí –dijo la Recolectora –. Él también te está buscando.

–Sí –dijo la voz –. Y ahora sé que me lo robaron. Los nombres no se pierden solos. Por eso, vengo de Olvido. Por eso, voy a Memoria.

La historia que vino a mí cuando apoyé la mano en el Árbol que crece sobre la Línea, hablaba de robos y de búsquedas. Dos búsquedas porque hacen falta dos para encontrarse. En Olvido, alguien había visto un hueco en un espejo implacable y había caminado hasta la Frontera para llenarlo. En Memoria, había un nombre que seguía buscando.

Con la palma apoyada en el tronco, vi cómo la Recolectora levantaba la historia con las manos. La historia temblaba un poco, como tiemblan las historias que todavía no tienen final. La Recolectora caminó hasta el Árbol y volcó las palabras sobre estas raíces encendidas. Y la historia viajó en la savia.

No, no estaba sola. No hay historias aisladas.

Tampoco la mía.

Hace cuatro días que estoy de pie frente al viento grande, duro como una montaña. No voy a seguir esperando. La historia que me dijo el Árbol viene conmigo. Es firme como un bastón tallado en madera antigua. Yo me apoyo en ella y doy el paso contra la pared de aire.

LA MANO EN LA PARED

Márgara Averbach

En el lugar donde conocí a Ester, yo era sobre todo madre. Cuando volvió a llamarme, me dijo que quería una vendedora. Ahora, las dos somos madres de nuevo, pero la palabra tiene un sentido distinto, casi opuesto.

La conocí en la puerta del colegio donde esperábamos a los chicos todos los días a las cinco y cuarto. A la entrada, “las madres” (en el espacio de esa manzana de veredas maltratadas, éramos siempre “las madres”) apenas si nos saludábamos. Tal vez porque a la entrada no había excusa para quedarse por ahí perdiendo el tiempo, tal vez porque sin excusas, suponíamos que con un poco más de esfuerzo, podríamos ganarle al trabajo y por eso volvíamos corriendo a las escobas y las clases y las compras. A mediodía, apenas había inclinaciones de cabeza, Chau, Hasta luego, ¿Qué tal? Hace frío. Cuatro palabras y las puertas del colegio quedaban vacías. Pero a la salida, las puntuales (yo y Ester llegábamos por lo menos diez minutos antes) nos reuníamos en grupos y había sonrisas y charlas encendidas. Sobre las maestras, sobre los horarios, sobre el cansancio, sobre los maridos, sobre los hijos, sobre el futuro. Yo hablaba con otras madres sin saber sus nombres, sin entender del todo lo que había detrás de la ropa prolija de esta, del vestido mal planchado de aquella, de los cuerpos gorditos o enflaquecidos, de las voces y las arrugas y los gritos. Reconocía, eso sí, la mirada fija en la puerta, el cálculo mental de minutos, el rebaño de chicos alrededor, el recuento de útiles y camperas. Aun ahí, donde era sobre todo madre, yo trataba de adivinar los gustos, la clase de sartenes, ollas, pavas que tal vez podría venderles. La puerta y las charlas me daban una oportunidad que no podía desperdiciar. Me acercaba a “las madres” con eso en mente y pronto, estábamos compartiendo las pequeñas escenas de la vida, una discusión, un reproche, un asombro, un descubrimiento.

Ester tenía el reproche en los gestos. Sus hijos –tenía dos– venían peinados, limpios, perfectos y antes de entrar, ella los examinaba con cuidado, de arriba abajo, y a veces, se agachaba a limpiarles una mota de polvo del zapato o se inclinaba a arreglarles el cuello del delantal. Recuerdo sus manos, en el aire, arreglando un mechón rebelde de las trenzas de Cata. Sí, de Cata me acuerdo también. Cuan-

do volví a ver a Ester, no había pensado en su hija en mucho tiempo pero descubrí que me acordaba de ella. No hubo tiempo suficiente para acumular recuerdos, pero me había quedado con una cara cansada de quince años, el aburrimiento en los ojos, ¡Mamá!, dejame en paz que voy a llegar tarde.

Por eso, porque me acuerdo de los gestos de Ester, de las palabras de Cata; porque veo todavía la mano de la madre un día que llegué corriendo con la cartera abierta y el pelo desarreglado, Permitíme, me dijo y puso la cartera en su lugar, el pelo detrás de la oreja; porque me enfureció su deseo de corregirme, de convertirme a su religión de prolijidad obsesiva, por todo eso, su nombre y el de su hija y el aspecto de su casa se me grabaron en la memoria para siempre. Y ni siquiera la mujer que conocí después, esa madre rápida, hundida en datos, en teléfonos, en papeles, puede hacerme olvidar del todo a la Ester de los tiempos de "las madres" del colegio.

En los tiempos del colegio, fui cuatro o cinco veces a su casa antes de que los chicos crecieran o se fueran o desaparecieran de nuestras vidas y dejáramos para siempre las charlas de la vereda. Nunca fui como amiga. En esos primeros tiempos, excepto en la puerta de la escuela, mi relación con Ester fue siempre la de una vendedora. Nuestra historia está cruzada: como "madre", le vendía; como vendedora, con ella, fui otra madre.

A esa casa ordenada, iba enfundada en una elegancia que jamás usaba cuando era "madre". Tal vez era esa diferencia de estilo, esa máscara, lo que me daba vergüenza cuando iba a ver a Ester o a las otras "madres". Con los desconocidos, con los compañeros de trabajo de mi marido, yo me inventaba una cara segura, una sonrisa eficiente, una sinceridad apabullante en la que yo también creía. La conversación me salía con una naturalidad asombrosa, suave como un guante de seda sobre la mano cuidada, arreglada, casi una obra de arte. Ah, a esa gente sí que sabía venderle. Con las madres, me costaba mucho. Ester me había arreglado la cartera, me había recogido el mechón rebelde, me había visto en vaqueros, sin pintar. Permitíme. ¿Cómo hacerle creer en mi uniforme pacato y correcto, en mi sonrisa, en mi hebilla plateada?

No sé si se los creyó. Entonces no le pregunté y ahora que la veo mucho, no creo que quiera preguntárselo. Sé que la casa que conocí era una extensión de la Ester del reproche. Entonces, Ester no tenía máscaras. Era una sola. La casa: limpieza absoluta; cuadros en ángulos rectos y exactos; una sola alfombra con los flecos lisos, paralelos; la cama, sin una arruga. La cocina: vacía como en las fotos de

las revistas de arquitectura; sin un vaso; sin una cucharita sucia en la pileta; el repasador, en el gancho, con tres pliegues planificados, no espontáneos, uno más ancho en el medio, dos más angostos a los costados como una toalla en los hoteles de lujo de las series de televisión.

Después de la escuela, dejé de verla. Cuando las cosas se derrumbaron y empezaron a verse los espacios vacíos, los huecos oscuros, tuve miedo y les pedí a mis hijos que se fueran. En nuestra ceguera parcial de aquellos tiempos, pensábamos que cualquier ciudad era mejor que la nuestra y que tal vez, bastaba con corrernos a un costado unos kilómetros para evitar el espanto. Así que tampoco los veía a ellos. Apenas había cartas de vez en cuando. Y después, de pronto, en el año de la guerra, con los comunicados y las noticias falsas sobre las islas en los oídos, recibí un llamado.

No la ubiqué enseguida. Ester, decía la voz, una voz más cascada y sin embargo, más llena de fuerza que la de la mujer de la casa perfecta. ¿Ester? ¿Ester qué? El apellido no me aclaró mucho, tal vez porque entonces, cuando éramos "las madres", los apellidos eran los nombres de los chicos: "lamamádeCata", "lamamádeAlberto". Tuvo que decirme la dirección para que me acordara. Pero en ese año, con los hijos lejos, me alegré de oírla. Me preguntó si seguía vendiendo ollas a domicilio. Dije que sí.

El jardín estaba lindo, mucho mejor cuidado que mi balcón de macetas llenas de yuyos pero había perdido ese aire de matemática aplicada que para mí era un insulto. Lo noté enseguida y toqué el timbre con ese miedo extraño que se siente antes de un reencuentro, tal vez porque una sabe que no va a ver lo que espera, que el reencuentro en realidad, es imposible.

Cuando me abrió la puerta, me di cuenta de que era ella pero el cambio era tan grande que me pregunté si yo también habría cambiado así. Si hubiera tenido un espejo, me habría mirado con espanto. Ella me abrazó. Eso también era raro: nunca nos habíamos abrazado antes. Por alguna razón, tal vez porque ella no me preguntó por los míos, no me atreví a hacerle la pregunta más obvia, ¿Qué tal?, ¿cómo andás? ¿Y Cata? ¿Y Gerardo?

El living estaba oscuro y tenía otro color, turquesa, tal vez celeste, con esa luz era difícil saberlo. Había carpetas de hojas manchadas, abiertas sobre la mesa. De pronto, recordé el desierto del mantel en otros tiempos, la mesada brillante que seguramente seguía allá, del otro lado de la puerta entreabierta, en la cocina.

Ester hojeó mis folletos despacio. No les prestaba atención. Que-

ría decirme algo y las ollas eran una excusa. No me resultó difícil darme cuenta pero no supe cómo hacérselo más fácil.

Y entonces, porque sí, levanté la vista y la vi.

La huella de la mano en la pared azul.

Me quedé inmóvil, mirándola. Una mano grabada como un bajorrelieve en la pintura del living de la casa de Ester era algo tan inconcebible que pensé que me había dormido. Un olor agudo a pesadilla cayó sobre el mantel y los papeles y las carpetas. La penumbra nos tocó los pies.

–¿Qué? –dijo Ester, de pronto, las dos manos apoyadas sobre mis folletos de colores absurdos, abandonados a su suerte sobre la falda–. ¿No sabés?

Yo no sabía. ¿Quién hubiera podido contármelo? Mi Alberto se había ido lejos y por otra parte, nunca había sido muy amigo de Cata. Los otros eran más chicos y tampoco estaban. Ya no éramos “las madres”. No estábamos envueltas en la humareda tibia de los chismes.

Los ojos de Ester eran otros. Como su voz, tenían más fuerza y más años. Parecían partidos por grietas infinitas. Sé que ese día le di la dirección de Alberto y sé que se escribieron. Ella me mostró las cartas. Ahora que Cata la estaba armando a ella de nuevo con su ausencia, ella quería armar a Cata con las palabras de otros. La vida de Ester era un movimiento hacia arriba, en picada, hacia la escena que yo no había olvidado, hacia ese ¡Mamá!, dejame en paz que voy a llegar a tarde, sobre las veredas maltratadas del colegio.

–Casi la mato cuando puso la mano sobre el enduido –me dijo. Había sido dos días antes de los golpes en la puerta, dos días antes de las sirenas y los hombres y el Falcon y la no despedida. La voz de Ester se quebró en la segunda palabra–. Casi la mato.

Apoyó los dedos demasiado grandes sobre la huella que siempre tendría dieciséis años. Ya no lloraba.

“La mano en la pared”, “Un vacío en el lugar del nombre” en *Aquí donde estoy parada*, Córdoba, Editorial Alción, 2003.

© Margara Averbach.

Se puede vivir como si no existiera el pasado; caminar kilómetros para alejarse de la propia huella, creer que se avanza evitando volver la vista atrás.

Poner en palabras, en cambio, plantea el desafío de mirar al dolor directo a la cara. Es una tarea difícil pero son ellas, las palabras, las que nos ayudan a nombrar el horror, el miedo, darles forma y quizás, poder asir aquello que duele. Son las palabras las que nos permiten construir una memoria en común, e iniciar un nuevo camino. Marzo sigue siendo un mes en carne viva; aunque intentemos transcurrir sin detenernos ante nada, caminar sin ver nos hace tropezar.

Esta colección reúne textos de autoras y autores argentinos que tomaron la palabra para hablar de este pasado, desde la diversidad de planos: la identidad, la pérdida, el miedo, las prohibiciones, la posibilidad de imaginar, la necesidad de contar con alguien.

Frente al silencio y al ocultamiento, una, dos; decenas de voces brotan. Con ***Memoria en Palabras*** quisimos acercar esta experiencia a las escuelas. Sembrar historias, relatos tejidos con tinta para lograr, quizás, que germine un jardín entre tanta oscuridad.

PLAN NACIONAL DE LECTURA

